

EN cualquier caso, esta creencia es el cambio y en su sentido de mejora, este evolucionismo religioso, es lo único que, para algunos, hace a la vida digna de ser vivida. Si lo que juzgamos perfecto no hubiese de llegar nunca a ser existente, si lo que nos parece razonable no hubiese de traducirse a nuestros sentidos jamás, ¿para pagar mil libras de multa y escribir los «Principios de filosofía matemática» en una celda de la cárcel donde todo triste bolchevista y donde toda incomodidad tiene su asiento, en vez de hacerlo en la confortable paz de un Trinity-College?

Bertrand Russell ha escrito en pugna con el evolucionismo algunas de

sus mayores páginas y ha realizado, por creencia en la evolución algunos de sus mejores actos.

Mientras esto se escribe, recorre el filósofo la isla de Mallorca. Como el otro día, en la fiesta del Seminario, ahora dos figuras le hacen compañía en la soledad. Imaginemos que la una es Sócrates, voluntariamente desterrado para convalecencia de sus dolores, en la arbitraria prolongación de su historia. La otra figura es Ramón Lull, el solitario de Randa, que muestra al expulsado de Cambridge la señal cruenta de las pedradas en el cuerpo beato.

EUGENIO D'ORS

(España. Madrid. Abril, 1920).

SOBRE HUELGAS

EL derecho al paro colectivo del trabajo por parte de los obreros, no se discute ya: está reconocido en todas las legislaciones, aun en la nuestra, que no se distingue precisamente ni por su novedad ni por su audacia.

Si la colectividad obrera está mal pagada: si el salario que devenga es inferior al trabajo que se le exige o insuficiente para la satisfacción de sus más estrictas necesidades; si el trato que recibe es cruel o siquiera injusto; si siempre quiere mirársele como a un animal humano y no como a elemento necesario a la producción y aliado indispensable del capital... no debe extrañarse que se defienda, negando, al menos, el jornalero, su concurso a la misma producción y al mismo capital.

Si desconociendo la delicada urdimbre con que está formada el alma humana y, especialmente el alma de las multitudes; y, por sobre todo, si desatendiendo los principios de la confraternidad cristiana, nos empeñamos en no ver en el trabajador sino una máquina, buena sólo para echarla a un lado cuando falla de por sí o cuando no alcanza a la altura de nuestra codicia, no debe admirarnos el ver que aquella alma—que existe y es espiritual y tiene prerrogativas—se yerga y se desnude de los buenos sentimientos que posee, para no mostrar sino sus facies defensivas, injustas y agresivas.

A la vez, no hay que olvidar que así como puede existir una *injusticia capitalista*, puede con ella también coexistir una *injusticia obrera*. Al capital no se le debe exigir más de lo que puede dar, y las recientes experiencias hechas por los sindicatos ingleses demuestran que cuando esas exigencias han ido más allá de los legítimos rendimientos del capital, han sido los trabajadores los más perjudicados con el cierre de

las fábricas y con el alza en el precio de los artículos de consumo.

Si los intereses del capitalista y los del trabajador fueran fatalmente antagónicos, diríamos que aún en ese caso—y por cuanto el progreso es incompatible con un estado de lucha permanente—deberían hacerse mutuas concesiones, hasta encontrar el punto de coincidencia entre los dos antagonismos, para que siguieran obrando como dos fuerzas diferentes pero no enemigas.

Pero creemos que el caso es distinto.

No existe entre nosotros una línea clara que divida el capital y el trabajo como en dos campos de guerra: fuera de que en estas democracias mestizas el rico de hoy es el pobre de mañana, y al contrario, lo que sucede—como en casi todo el mundo—es que el obrero es en parte capitalista porque pone actividad e inteligencia, que son riquezas, y el capitalista pone consagración y tiempo, que son trabajo.

De esto deducimos que está fuera de toda conveniencia y de toda justicia, el fomentar la lucha entre las clases sociales, excitando a los obreros contra el capitalista o enardeciendo al capitalista contra los obreros.

La misión de las clases directivas, y la muy noble y especialísima de la prensa, es fomentar la mutua inteligencia entre los dos supuestos antagonismos. Lo peor que puede ocurrir es situar estas cuestiones en un terreno de abierta rivalidad, que puede convertirse en otro de hambre y lágrimas.

Estos conflictos que se nos están viniendo encima como cosa nueva y alarmante, se resuelven a diario en el Exterior—y de tan amenazadoras condiciones como las últimas huelgas de mineros y Empleados del acero en los Estados Unidos—por medio de convenientes organizaciones gremiales, en que representantes autorizados de

una y otra parte discuten los diversos intereses y aspiraciones hasta llegar a un adecuado entendimiento.

Lo único que no puede ni debe hacerse es desconocer la magnitud y trascendencia de los problemas planteados; ni mucho menos pretender que la anarquía o la fuerza les den soluciones definitivas y satisfactorias.

C. E. RESTREPO.

(Colombia. Medellín. Marzo, 1920).

Si Ud. necesita de mis servicios como ABOGADO, búsqume en la oficina del Lic. don Carlos Brenes Ortiz.
Apartado de Correos 540 ROMULO TOVAR
SAN JOSÉ, C. R.

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.

EDICIONES

DE «LA LECTURA»

PASEO DE RECOLECTOS, 25. — MADRID

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA. — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA. — *Teatro*. Por don Américo Castro.
GARCILASO. — *Obras*. Por don Tomás Navarro.
CERVANTES. — *Don Quijote de la Mancha*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO. — *Vida del Buscón*. Por don Américo Castro.
TORRES VILLARROEL. — *Vida*. Por don Federico de Onís.
DUQUE DE RIVAS. — *Romances*. Por don Cipriano Rivas Cherif. (2 vols.)
B^o JUAN DE AVILA. — *Epistolario espiritual*. Por don Vicente García de Diego.
ARCIPRESTE DE HITA. — *Libro de Buen Amor*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
GUILLÉN DE CASTRO. — *Las Mocedades del Cid*. Por don Víctor Said Armesto.
MARQUES DE SANTILLANA. — *Canciones y decires*. Por don Vicente García de Diego.
FERNANDO DE ROJAS. — *La Celestina*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
VILLEGAS. — *Eróticas o amatorias*. Por don Narciso Alonso Cortés.
POEMA DE MIO CID. Por don Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por don Julio Cejador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poetas*. Por don Vicente García de Diego.
CERVANTES. — *Novelas ejemplares*. Por don Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (2 vols.)
FR. LUIS DE LEON. — *De los nombres de Cristo*. Tomo I y II. Por don Federico de Onís.
GUEVARA. — *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*. Por don M. Martínez Burgos.
NIEREMBERG. — *Epistolario*. Por don Narciso Alonso Cortés.
QUEVEDO. — *Los Sueños*. Por don Julio Cejador. (2 vols.)
MORBITO. — *Teatro*. Por don Narciso Alonso Cortés.
FRANCISCO DE ROJAS. — *Teatro*. Por don J. Ruiz Morcuende.
RUIZ DE ALARCON. — *Teatro*. Por don Alfonso Reyes.
LUIS VELEZ DE GUEVARA. — *El Diablo Cojuelo*. Por don Francisco Rodríguez Marín.